

30/2019

30 de octubre de 2019

José Luis Pontijas Calderón

Entender el juego geopolítico europeo (II)

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Entender el juego geopolítico europeo (II)

Resumen:

Para poder entender la situación y tendencias actuales en el escenario europeo, así como los posibles desarrollos futuros, es necesario profundizar en la evolución de las perspectivas geopolíticas de Estados Unidos, Reino Unido (RU), Francia y Alemania, potencias que han marcado la evolución de la OTAN y de la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD). Dada la extensión del estudio, este se divide en dos entregas, la primera de ellas¹ fue dedicada a EE. UU. y Reino Unido. Esta segunda, está dedicada a Francia y Alemania, junto a unas conclusiones finales.

Palabras clave:

Europa, Unión Europea, OTAN, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, geoestrategia, Rusia, Política Común de Seguridad y Defensa, PCSD, Unión Europea Occidental, UEO,

¹ PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *Entender el Juego Geopolítico Europeo (I)?*. Documento de Análisis IEEE 29/2019. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2019/DIEEEA29_2019JOSPON_EEUU.pdf consultado el 30/10/2019

Understanding the European geopolitical game (II)

Abstract:

In order to understand the situation and current trends in the European scenario, as well as possible future developments, it is necessary to deepen the evolution of the geopolitical perspectives of the United States, the United Kingdom, France and Germany, powers that have marked the evolution of NATO and the Common Security and Defense Policy. Given the extension of the study, it is divided into two installments, the first of which was dedicated to the USA and the United Kingdom. This second one is dedicated to France and Germany, together with some final conclusions.

Keywords:

Europe, European Union, NATO, United States, Great Britain, France, Germany, geostrategy, Russia, Common Security and Defence Policy, CSDP, Western European Union (WEU)

Cómo citar este documento:

PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *La Autonomía Estratégica de la Unión Europea y la visión de Estados Unidos*. Documento de Análisis IEEE 30/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de asumir su indiscutible pertenencia al bloque occidental y de reconocer que el marco de la OTAN era indispensable para la seguridad de Europa Occidental frente a la amenaza soviética, Francia y Alemania nunca abandonaron la idea de forjar su propio espacio durante la Guerra Fría. El deseo común de mejorar su inferioridad económica y excesiva dependencia del eje anglosajón formado por EE. UU. y el RU, que les excluía de los escalones superiores del sistema occidental, les llevó a impulsar un doble proceso. Por un lado, incrementar progresivamente la integración económica europea y por otro, su cooperación política. Pero lejos de alcanzar un acuerdo común, cada uno impulsó dichos avances siguiendo las líneas marcadas por sus propios intereses, a veces convergentes, a veces divergentes.

La evolución de la posición francesa

A diferencia del RU, Francia es una «potencia híbrida», en parte marítima y en parte continental, que sostiene ambiciones europeas, regionales y, en menor grado, globales. Pero desde el surgimiento de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, su mayor esfuerzo geoestratégico se tuvo que concentrar en el viejo continente, que absorbió la mayor parte de sus energías. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el panorama geoestratégico cambió con la derrota de Alemania, por lo que pudo volver a retomar en gran parte su tradicional enfoque como potencia híbrida, utilizando para ello a las dos grandes organizaciones europeas, la OTAN y la entonces CEE.

Por un lado, la Alianza Atlántica le resolvió el tradicional problema de Alemania, al integrarla en dicha organización, por lo que su rearme militar (necesario para contrarrestar la amenaza soviética) quedaba bajo la tutela estadounidense. Además, la amenaza soviética servía a modo de contrapeso a un excesivo dominio norteamericano sobre Europa y distraía los esfuerzos de defensa alemanes. Por su parte la CEE le ayudó a cubrir el lado económico del resurgimiento germano, ya que puso a su disposición un mayor control de los recursos industriales que propiciaron el despegue alemán previo al anterior conflicto mundial. Además, la necesidad que sentía Alemania de recibir aceptación en el entorno occidental, fuera del entorno de la OTAN, propició que cediera el protagonismo a París, facilitando así a Francia el liderazgo de la CEE.

Por otro lado, Francia siempre luchó por preservar un alto grado de independencia respecto de los dictados de Washington, que utilizando la Alianza Atlántica como plataforma se imponían a Europa Occidental, con el fin de preservar sus intereses regionales (en África Occidental, Magreb y Sahel) y globales (no podemos olvidar que detenta un sitio con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, sostiene un red global diplomática junto a una amplia red de inteligencia, territorios soberanos en América Central y el Pacífico, y una armada de capacidad oceánica).

Así, París ha buscado siempre maximizar los beneficios que se podían obtener de su doble pertenencia a la OTAN y a la (hoy) Unión Europea. Por un lado precisaba una Alianza que mantuviera controlada a Alemania y a la vez consolidara la seguridad de Europa, pero de una manera tal que no permitiera carta blanca al dominio estadounidense en el continente. Por otro lado, necesitaba una autonomía estratégica europea que le permitiera canalizar sus esfuerzos hacia sus zonas de interés regional en el Mediterráneo y África, su tradicional atención a su «eje sur». Estas dos tendencias, clarifican las respuestas que Francia ha ido dando ante la evolución geopolítica norteamericana y europea.

Así, tras el colapso de la Unión Soviética y la rápida reunificación de Alemania, París se encuentra ante un cambio de escenario geoestratégico. Su respuesta fue, por un lado intentar implicar a la nueva Rusia en el marco de seguridad europeo, resistirse a la expansión de la OTAN (tanto geográfica, como a su nuevo enfoque expedicionario) e impulsar la autonomía estratégica de la CEE. Estos tres impulsos estaban claramente orientados a: disminuir el dominio estadounidense (recuperando a Rusia como contrapeso en el continente y aumentando la capacidad militar europea independiente de la OTAN) y mantener Alemania controlada dentro de los marcos institucionales internacionales (OTAN y UE). Su demanda de mayor autonomía europea se vio reforzada por el nuevo enfoque que Washington dio a su política exterior, practicando el unilateralismo apoyado por el empleo militar preventivo, en detrimento del multilateralismo del periodo anterior y su alejamiento progresivo del continente europeo.

Sin embargo, sus aspiraciones para una mayor autonomía estratégica europea la enfrentaban directamente con las británicas, que no querían poner en riesgo el vínculo transatlántico y por ende, la cohesión del bloque occidental. Por otro lado, una autonomía estratégica europea precisaría de un componente militar, lo que suponía enfrentarse al énfasis en el «poder blando» que Alemania deseaba para la CEE.

El «11S» ofreció una doble oportunidad. Por un lado, puso de manifiesto un nuevo escenario de amenazas, que las limitaciones de una política europea basada únicamente en el poder blando no podían neutralizar y ello requería una transformación de las fuerza armadas de los países europeos hacia una mayor capacidad expedicionaria en doctrina y medios. Por otro, el unilateralismo acentuado de EE. UU. y su progresivo distanciamiento del escenario europeo, enfatizó también la necesidad de una mayor autonomía estratégica europea.

Ante este escenario, París decidió poner en práctica una doble estrategia: sumarse al impulso de transformación doctrinal y de capacidades, que Washington y Londres impusieron en la OTAN para obtener y emplear unas fuerzas expedicionarias dotadas de tecnología punta y capacidad de combate de alta intensidad (ya que beneficiaba también la transformación militar de las capacidades y doctrina de empleo de las fuerzas de los países europeos), y al mismo tiempo agrupar oposición política en Europa contra el unilateralismo militarista estadounidense. La defensa del multilateralismo fue uno de los objetivos principales de la política exterior de Francia durante el periodo posterior al 11S.

De esta manera, es fácil entender por qué París apoyó con entusiasmo el proceso de transformación que la OTAN impulsó tras la cumbre de Praga de 2002, ya que, al fin y al cabo, dicha transformación redundaría a su vez en una mayor capacidad de los ejércitos europeos, lo que iría en beneficio de una mayor autonomía europea. También podemos entender, por qué sin embargo, Francia se opuso (en este caso apoyada por Alemania) a que la Fuerza de Respuesta de la OTAN (NRF, por sus siglas en inglés) fuera empleada en Afganistán, durante la cumbre de Estambul en 2004. Con estas dos jugadas, París favorecía indirectamente la autonomía europea y neutralizaba un excesivo unilateralismo norteamericano, que deseaba utilizar la OTAN como marco dinamizador. Para París, la transformación de la Alianza era un medio para mejorar las capacidades militares europeas, mejorando la PCSD de manera indirecta.

Así mismo, también se entiende por qué París impulsó el desarrollo de instituciones e iniciativas europeas relacionadas con la PCSD, buscando con fin último aumentar la autonomía estratégica de la Unión: la Agencia Europea de Armamento (luego Agencia de Defensa Europea, la EDA por sus siglas en inglés), la Cooperación Estructurada Permanente para la PCSD, la creación de los Grupos de Combate (lanzada inicialmente por RU como complemento a la transformación OTAN tras 2002) y la primera operación militar de la UE en la República Democrática del Congo («EUFOR Artemis», junio-

septiembre 2003). Incluso llegó a liderar (junto a Alemania, Bélgica y Luxemburgo) la iniciativa de crear un cuartel general militar operacional que liderara las operaciones militares de la Unión, durante la cumbre europea de Tervuren en abril de 2003, propuesta rechazada de plano por el RU. Como ya hemos mencionado, en dicha cumbre se crearon la EDA y se acordó la aplicación de la PESCO² para asuntos de PCSD.

Al igual que el caso británico, el cambio de política de Washington tras los elevados costes económicos, diplomáticos y militares que supuso su unilateralismo, significó una nueva situación, ante la que París reaccionó a su vez, ya que, el declive estadounidense (y en general, occidental) amenazaba con afectar su «eje sur». Muchos analistas en Francia se dieron cuenta de que el fracaso estadounidense en su «guerra contra el terror» era una amenaza mayor contra sus intereses que el unilateralismo del periodo anterior. Además, el nuevo enfoque que Washington imprimió a su política exterior, más cautelosa, multilateralidad, en el que las capacidades de la UE podrían jugar un papel más destacado, fue muy bienvenido en el Elíseo.

Por otro lado, deseaba reorientar la política exterior europea, considerada como excesivamente orientada a la utilización del poder blando. Pero dicha visión, chocaba frontalmente con la que tanto la Unión, como especialmente Alemania, tenían especialmente tras el empantanamiento militar occidental en Iraq y Afganistán. Esto iba precisamente contra la idea francesa de una mayor autonomía estratégica europea apoyada precisamente en una fuerza militar creíble y disuasoria. El problema no hizo sino agravarse a medida que nuevos miembros del exbloque soviético se incorporaban a la Unión y a la OTAN, ya que una nueva Alemania comenzaba a tomar conciencia de su mayor autonomía y a actuar con creciente confianza en sí misma. Así, la peor pesadilla de la diplomacia francesa comenzaba a perfilarse, al desplazar el centro de gravedad europeo hacia el centro del continente, alejándose de París. Además, la total preferencia de Alemania en una política exterior europea limitada a las herramientas blandas reducía la influencia de Francia sobre la dirección estratégica de la Unión. Por otra parte, no debemos olvidar que simultáneamente Washington incrementó su alejamiento de Europa y comenzó a aumentar la inestabilidad en el «eje sur» de prioridad estratégica para París.

² De sus siglas en inglés Cooperación Estructurada Permanente

Todo ello influyó en un cambio radical respecto a la política francesa con respecto a la OTAN. En 2008 el Elíseo emite un Libro Blanco en el que llama un «renovado partenariado estratégico entre Europa y EE. UU.» junto al anuncio de la reincorporación francesa a la estructura militar de la Alianza (que abandonó en 1966) y que ocupó en abril de 2009. Por su parte, la Casa Blanca reaccionó dando la bienvenida a Francia y con una política de acercamiento y coincidencia con los intereses franceses en el «eje sur» (entre otras cosas, ambos países firmaron un acuerdo de intercambio de inteligencia en el Sahel y África Occidental en 2008, se intensificó la cooperación en el Cuerno de África y el Golfo Pérsico, además de aumentar la presencia norteamericana en la base francesa con sede en Djibouti).

La nueva política atlantista francesa tenía dos objetivos: por un lado maniobrar contra la fijación europea en una mentalidad exclusiva de «poder civil», por el otro aumentar su influencia en Europa, al poner en relieve el triángulo estratégico Washington-París-Londres que obligaría a Berlín a reaccionar, estimulando un mayor compromiso germano en la autonomía estratégica europea. Así pues, Francia entendió y sigue entendiendo, la relación transatlántica como un proceso complementario que favorece la autonomía estratégica europea. Además, la integración política europea es vista como una herramienta fundamental para mantener a Alemania atada institucionalmente, preservando así la estabilidad del continente³. Por otra parte, una mayor autonomía estratégica europea resaltaría el liderazgo francés en la Unión, dado el nivel de excelencia de sus fuerzas militares y le permitiría mantener con mayor facilidad su influencia sobre su zona de prioridad estratégica, su «eje sur».

Así, París continuó impulsando el establecimiento de cuartel general militar para planeamiento y dirección de operaciones y el fortalecimiento de la EDA. También promovió varias operaciones y misiones militares en su eje sur (EUFOR RDC Congo en 2006, EUFOR Chad y EUNAVFOR Atlanta en 2008). A cambio, aceptó mayor cooperación entre la PCSD y la OTAN. Sin embargo, con respecto a la EDA, si bien deseaba impulsar la cooperación industrial en la fabricación de armamento y de tecnología de doble uso civil-militar, siempre ha impedido la liberalización del sector, como desean el RU y Alemania, ya que abriría el mercado europeo al mundo exterior,

³ PONTIJAS CALDERÓN, José Luis; Europa y la cuestión alemana; Documento de Análisis IEEE 10/2019. http://www.ieee.es/contenido/noticias/2019/05/DIEEEI10_2019JOSPON-Alemania.html (consultado 15/noviembre/2019)

donde los americanos, rusos y chinos (entre otros) ocupan una posición preeminente y podrían dañar los intereses económicos franceses. De esta manera, entendemos por qué el Eliseo sostiene constantemente la necesidad de una política industrial estrictamente europea, que también contribuya a una mayor autonomía estratégica de la Unión.

Con respecto a la OTAN, el enfoque galo reflejó (y lo sigue haciendo) la tensión entre su nuevo atlantismo y su compromiso con la autonomía estratégica europea. No cabe duda que su incorporación a la estructura militar de la Alianza supuso una mayor atención en recursos económicos, personal y atención política y diplomática. Pero por otro lado y argumentando que deseaba fortalecer una mayor coherencia dentro de las estructuras de la Alianza, dicha integración le permitió impulsar el fortalecimiento del pilar europeo dentro de ella. En cualquier caso, supuso un aumento sustancial de las fuerzas francesas en Afganistán y promocionar la iniciativa sobre helicópteros en el seno del grupo OTAN-UE de capacidades. Pero, como no podría ser de otra manera, París se ha esforzado en que el papel de la OTAN en labores de reconstrucción y «poder blando» sea lo más limitado posible, con el objetivo de impedir que la UE pudiera jugar un papel subsidiario de la Alianza en dicho dominio y en que la OTAN siga siendo una alianza de naturaleza fundamentalmente militar, focalizada en Europa, limitando al máximo su posible papel como actor global.

La nueva situación geopolítica, unida al *brexít*, ha proporcionado a París la oportunidad de impulsar la PCSD de manera decidida, en su tradicional búsqueda por aumentar la autonomía estratégica de la UE. Así, el viejo anhelo de crear un cuartel general militar para operaciones se ha cumplido en parte con la creación de la unidad denominada Capacidad de Conducción y Planeamiento Militar (MPCC por sus siglas en inglés), que dentro del Estado Mayor Militar de la Unión Europea está dotada de 60 efectivos, con la posibilidad de recibir otros 90 de aumento en caso de necesidad. Por otro lado se han lanzado 34 iniciativas enmarcadas en la PESCO y orientadas hacia la PCSD. Pero no nos engañemos, ya que queda por ver hasta donde se puede avanzar sin el freno de Londres, dado que los problemas internos propios de la Unión (diferente percepción de las amenazas y prioridades para atenderlas, diferente cultura en cuanto a empleo de la fuerza militar como herramienta de política exterior, naciones que prefieren depositar su confianza en la OTAN o que simplemente no desean más integración europea, etc) no desaparecerán con la salida británica.

El proceso de liberación progresiva de Alemania

Alemania es una potencia claramente continental, una geocracia, con sus intereses claramente definidos en el centro y este de Europa, además de una vocación comercial a nivel global, que le permita exportar los productos de su flamante industria. Tras fracasar en sus dos grandes envites para forjar su propio espacio (la Primera y Segunda guerras mundiales) se encontró con que su espacio natural estaba ocupado por la entonces Unión Soviética y ocupada y sometida a las potencias occidentales, además de aislada del resto del mundo, debido a los crímenes y excesos del desaparecido nazismo. Así pues, precisaba romper como fuera la prisión económica y diplomática en la que se encontraba.

Para ello, se le ofrecieron dos oportunidades que aprovechó con gusto. Por un lado, la aplastante amenaza soviética obligó a los occidentales (capitaneados por EE. UU.) a permitir el rearme alemán e incluir Alemania en la recientemente creada Alianza Atlántica, con el objetivo de reforzarla. Por otro lado, a cambio de permitir su recuperación como «uno de los nuestros» en el concierto occidental, aceptó su pertenencia a la CECA, lo que de facto permitía una supervisión de su producción industrial, asegurando así que se volvería a repetir la situación previa a la Segunda Guerra Mundial, en la que su despegue económico-industrial exponencial la llevó a una posición desde la que intentó el dominio por la fuerza del viejo continente. Esta doble inclusión, militar y económica, permitió un nuevo despegue económico alemán, que a su vez, contribuyó a dinamizar el del resto de países de la órbita europea occidental. La situación se mantuvo así, para satisfacción de todos hasta el final de la Guerra Fría.

La caída del muro de Berlín supuso un movimiento tectónico en Europa, pero especialmente importante fueron sus consecuencias para Alemania, ya que permitió su reunificación el 3 de octubre de 1990, a pesar de las reticencias iniciales británicas, francesas y soviéticas, gracias al impulso decidido de Washington. La posterior desaparición de la URSS propició la ascensión de EE. UU., al rango de hegemon unipolar global y la ausencia de una amenazada directa en el continente europeo, proporcionando a Alemania la oportunidad de ocupar su ansiado *mittellage*⁴ que las derrotas en las guerras mundiales y la Guerra Fría le habían negado.

⁴ Espacio geográfico del centro y este de Europa tradicionalmente considerado por Alemania como perteneciente a su esfera de influencia casi exclusiva.

De esta manera nos encontramos con dos factores (el colapso de la Unión Soviética y la perspectiva de una Europa Central y del Este abiertas a la integración política y económica con la CEE) que apuntaban en la misma dirección: una Alemania que de nuevo se convertiría en la gran potencia europea. Además, la presencia norteamericana en el continente garantizaba la seguridad, lo que permitiría a Berlín liberar sus energías del esfuerzo militar que correspondería a sus estatus económico y seguir jugando un papel de potencia comercial global y cooperadora de perfil pacifista, respetuosa con las instituciones y reglamentación internacionales.

Alemania consideró acertadamente que para que todo esto fuera aceptado por las naciones europeas (incluida Rusia) y por el bloque occidental en general (liderado por EE. UU.), se precisaba el cumplimiento de cinco condiciones:

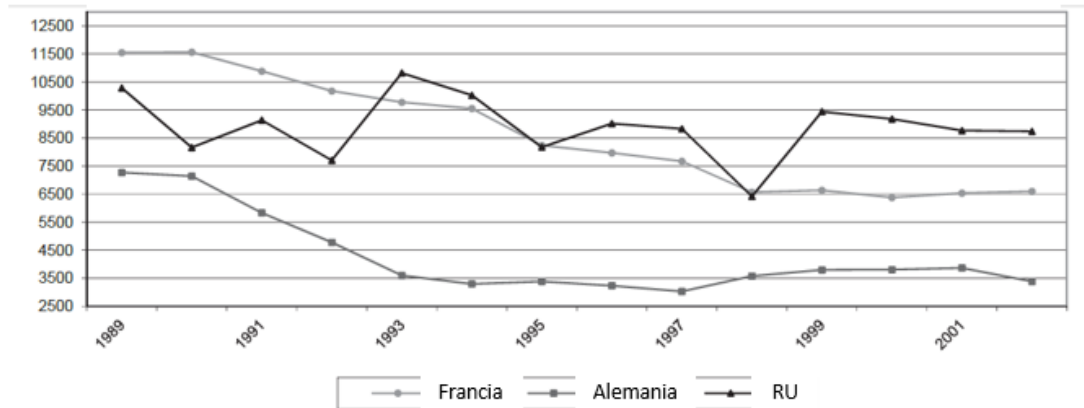
- Continuación de su integración dentro del marco euroatlántico de cooperación económica y militar, en el que la OTAN seguiría siendo la referencia para la seguridad y defensa.
- Apoyo a la expansión del mismo en el Este y Centro de Europa
- Fortalecimiento de las relaciones con Rusia
- Una fuerza militar muy por debajo de sus posibilidades
- Una política exterior basada en el «poder blando», prácticamente exenta de la utilización de la herramienta militar.

De esta manera, se tranquilizaría a las naciones europeas de su entorno, al hegemon norteamericano y a Rusia, mientras continuaba su expansión económica y comercial a nivel global y en el *mittellage*. Es en este contexto en el que entendemos el énfasis germano en la diplomacia, el comercio y la economía, aferrándose a una narrativa de preponderancia del poder civil, rechazando el empleo de la fuerza para impulsar una cierta imagen de neutralidad. Este, hasta cierto nivel, eclecticismo geoestratégico le permite establecer relaciones más fácilmente con las potencias neutrales y especialmente con las revisionistas (tales como China o Rusia).

Así, tras el final de la Guerra Fría, sus compromisos con el marco transatlántico le llevaron a abrazar el proceso de transformación de la Alianza que buscaba una doctrina y unas fuerzas militares expedicionarias, si bien este proceso fue menos intenso que en Francia o RU. Esto queda de manifiesto en el presupuesto de defensa alemán, que pasó

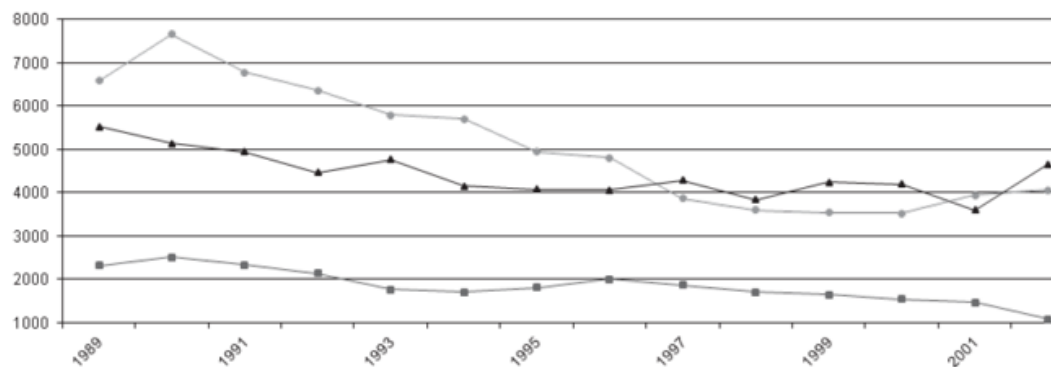
de ser similar al de RU o Francia en la década de los 80, a ser considerablemente inferior a partir de los 90 (ver figura).

Gasto militar en compra de equipo y material



Source : SIPRI Yearbooks.

Gasto militar en I+D



Por otro lado, aunque en un principio insistió en que la Alianza se concentrara en su misión principal de defensa del territorio según marcaba el Artº 5 del tratado de Washington (algo que defendió entre las cumbres de 1990 hasta 1999), finalmente acabó cediendo a los deseos estadounidense y británico de que la Alianza ampliara su foco de actuación geográfica y doctrinal, abarcando misiones «fuera de área». Este cambio de actitud se produjo como agradecimiento al apoyo que Washington proporcionó a la unificación alemana, venciendo las reticencias francesas y británicas. De hecho, en 1994 la Corte Constitucional había dado su aprobación para el despliegue de fuerzas militares fuera del territorio de la Alianza, propiciando la participación en misiones de gestión de crisis (Bosnia, Kosovo y Afganistán), pero donde su labor quedaba restringida a un perfil bajo, permitiendo conjugar el difícil equilibrio entre sus deberes como miembro de la OTAN y sus instintos de poder blando. Como hemos visto, el papel jugado por Alemania

en la Alianza trataba de mostrar su voluntad de cooperación con la misma, pero atemperado por su necesidad de mostrar un perfil militar lo más bajo posible.

Por el contrario, la Unión Europea jugó un papel mucho más determinante al proporcionar el marco institucional ideal para la estrategia germana de expandir su influencia hacia el Centro y Este de Europa. Así, las políticas alemanas hacia la PCSD buscaron mantener un difícil equilibrio entre su compromiso con la integración europea en dicho dominio (impulsada firmemente por Francia, como ya sabemos, y con la que deseaba mantener una relación especial para apaciguar sus resquemores tras la reunificación), su pertenencia a la Alianza (en la que deseaba seguir gozando del paraguas norteamericano y mostrar su deseo de seguir dentro de su marco cooperativo militar) y su apuesta firme por el poder blando.

Así, apoyó decididamente la creación de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) en Maastricht, la creación de la figura del Alto Representante, impulsando a la vez constantemente las capacidades civiles de la Unión. Por otro lado, fue una firme impulsora de las entidades que sustanciaron la PCSD (la creación del Comité Político y de Seguridad, el Comité Militar de la Unión Europea (EUMC), el Estado Mayor Militar de la Unión Europea (EUMS), el Centro de Satélites, la Agencia Europea de Defensa y el Instituto para Estudios de Seguridad). Además fue una decidida impulsora y participante en la iniciativa de Grupos de Combate.

Si bien, todo este apoyo hacia el avance de la PCSD, no podemos olvidar que Alemania ha jugado tradicionalmente con varias importantes objeciones hacia la misma:

- Su voluntad de proteger y mantener su imagen de poder blando
- Su compromiso con el mantenimiento de su relación transatlántica con EE. UU.
- Su deseo de mantener la primacía de la OTAN en asuntos militares

Estas tres objeciones han conseguido que tradicionalmente haya intentado evitar una potencial «militarización» de la UE, que se debía concentrar en mantenimiento de la paz y gestión de crisis de bajo perfil, junto a las tareas humanitarias y de ayuda al desarrollo. De este modo, la PCSD siempre ha ido acompañada por el desarrollo de una dimensión civil, apoyando junto al Objetivo de Fuerza militar (Headline Goal), un Objetivo de Fuerza civil y el desarrollo y puesta en marcha de herramientas de apoyo para las misiones civiles y la financiación de ayuda al desarrollo (el CMPD, el CPCC, el Fondo de Desarrollo Africano, el Fondo para Instalación de la Paz, etc.).

Tras el «11S» la relación transatlántica resultó muy tóxica para Alemania, dado el unilateralismo militar norteamericano, apoyado por RU. La reacción alemana fue precisamente la contraria a la francesa. En su caso Berlín reaccionó con desconfianza doctrinal (no compartía la filosofía agresiva que Washington quería imprimir a la OTAN y a sus relaciones internacionales) pero a su vez, con un acercamiento político, para mostrar su solidaridad, pero manteniendo su preferencia por el multilateralismo, la diplomacia y la prevención. Esta situación hace que Alemania abrace decididamente el concepto de «autonomía estratégica» para la Unión y comience a aunar esfuerzos junto a Francia para impulsar la PCSD, siempre entendida como defensa colectiva más que como la posibilidad de realizar empresas expedicionarias. Así, según la visión alemana, la PCSD contribuirá a la integración europea, lo que redundará en un orden internacional más multilateral, lo que al final beneficiará sus intereses comerciales. Además, una PCSD así entendida, apenas dañará su imagen de poder blando cooperativo.

La nueva situación geopolítica ha incentivado aún más la apuesta alemana por la autonomía estratégica de la UE, de la que la PCSD no es sino una faceta más, pero no la más importante y siempre entendida como un complemento a la Alianza Atlántica, nunca como una competición por los mismos recursos. A medida que la nueva geopolítica se va consolidando, parece que su relación con Francia podría ir perdiendo preponderancia, lo que tendrá su impacto en el proyecto europeo

Alemania, como poder continental ha buscado tradicionalmente extender su influencia hacia el centro y este de Europa. Tras fracasar en sus intentos de lograrlo por la fuerza ha cambiado su estrategia buscando un entendimiento paneuropeo, a través de la diplomacia, la economía y el comercio, así como una narrativa en la que desea forjar una imagen como poder blando, que tranquilice a sus vecinos y a las otras grandes potencias. Así pues, autocontención y multilateralismo son las condiciones *sine qua non* para el ejercicio de su poder e influencia. Para ello, se mantiene en un equilibrio entre, por un lado su pertenencia a la OTAN y su relación con EE. UU., y por el otro, su pertenencia a la UE. Por otro lado, su deseo de crear un espacio paneuropeo de entendimiento le hace buscar un estrechamiento de sus relaciones con Rusia.

Conclusiones

A lo largo de este estudio hemos podido comprobar que tanto la evolución de la OTAN, como la de la PCSD de la UE, lejos de ser el fruto de una voluntad de cooperación idílica y desinteresada, lo ha sido de la adaptación de las potencias europeas a los cambios de dirección impuestos por el hegemón norteamericano. En dichas evoluciones, podemos ver un patrón constante y fluctuante de cooperación, junto a otro de competición entre posturas enfrentadas, producido por la defensa circunstancial de los intereses particulares que cada actor ha entendido en su momento.

La evolución está muy lejos de haber terminado y continuará sin duda, en función de la evolución del contexto geopolítico regional y global, pero ahora estamos en mejores condiciones para prever cómo reaccionarán dichas potencias ante las nuevas situaciones y cuáles serán sus preferencias y prioridades.

Así pues, ante el progresivo distanciamiento de EE. UU. de la OTAN (distanciamiento, que no abandono⁵), producto de su alejamiento del continente europeo, podríamos deducir que Alemania seguirá mostrando su solidaridad política con la organización atlántica, mientras que procurará mantener bajo su perfil militar en la misma. Por su parte Francia, se situará en la posición opuesta, es decir, cercanía militar pero distanciamiento político. A su vez, Reino Unido intentará modernizar y organizar sus fuerzas armadas siguiendo los cánones marcados por Washington, en su empeño de seguir siendo un socio indispensable y pilar fundamental del «vínculo transatlántico».

Ante el agravamiento del entorno geopolítico europeo, Alemania seguirá prefiriendo potenciar y usar las herramientas blandas de la PCSD, detrimento de las herramientas duras (la militar incluida), continuando así su empeño de venderse como una potencia no agresiva y comercial, para preservar sus intereses comerciales a nivel global. El caso contrario será el de Francia, quien seguirá potenciando el ámbito militar de la PCSD y su empleo en el eje geográfico que tradicionalmente ha atraído en mayor grado su atención, Magreb-Sahel-Oriente Próximo y Medio. En este sentido, intentará impulsar cualquier iniciativa que eleve el grado de autonomía estratégica de la Unión Europea, diplomática,

⁵ PONTIJAS CALDERÓN, José Luis. *¿Está EE.UU. abandonando Europa?* Documento de Análisis IEEE 19/2019. http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2019/DIEEEA19_2019JOSPON_EEUU.pdf, consultado el 30/10/2019

económica y militar. Por su parte, Londres deberá elevar sus esfuerzos de cooperación en el campo de la PESC, incluyendo la PCSD, si desea desempeñar algún papel relevante tras el *brexit*, participando en iniciativas que deberá negociar caso por caso, cuando coincidan simultáneamente sus intereses con los de la Unión.

Así, en lo relativo al futuro de la PCSD, podríamos ser optimistas en el campo industrial e I+D y sin embargo, debemos ser más pesimistas en cuanto a los avances en autonomía estratégica, tanto en el campo diplomático como militar.

José Luis Pontijas Calderón

Coronel de Artillería

Doctor en Economía Aplicada (Univ. Alcalá de Henares)

Analista del IEEE en el Área de Seguridad Euroatlántica